

EL IRIS

PERIÓDICO QUINCENAL DE LITERATURA.

DIRECCION—AGUSTIN DE VEDIA.—COLABORACION—TODAS LAS INTELIGENCIAS LITERARIAS.

El olmo del Vergel.

LEYENDA CAMPESTRE.

Know then this truth enough for man to know
Virtue alone is happiness below.

Peu importe à quel étage de la rue ou
de quelle grandeur dans les champs soit
le foyer domestique, pourvu qu'il soit le
refuge de la piété, de l'intégrité et des
tendresses de la famille qui s'y perpe-
tuent.

(LAMARTINE.)

I.

Emelina es la flor mas bella del vergel: la mas preciosa
joya de los aldeanos.

Nacida en uno de esos valles de la Suiza que dan la es-
palda á elevadas montañas, mientras á sus pies miran la-
gos risueños de tranquilas aguas, fué siempre Emelina la
delicia de la cabaña paterna y de los pastores que habitan
las vecinas.

Mecieron su cuna al son de tiernas cántigas sus honra-
dos padres — dechado de virtudes, á quienes el cielo no
quiso conceder otro hijo, previendo, sin duda, que pu-
diera dividir con aquella el inmenso amor de que estaban
poseidos sus corazones.

Martha y Dumb, así se llaman sus padres, paisanos ro-
bustos é industriosos, de alma cándida y generosa como
la generalidad de los de su raza, cultivan con esmero las
tierras adquiridas merced al fruto de algunos años de
constante trabajo y discreta economía.

Dedicase á la siembra de trigo, cebada y cañamo; y
tejen las telas que visten, proporcionándose con el precio
del resto todas las comodidades del hogar.

Pasadas las fiestas de la cosecha, á que asisten ufanos y
risueños los labradores vecinos ostentando sus mas varia-
dos trajes y su frescura y lozanía las jóvenes de la aldea,
vuelven luego los esposos á ocuparse juntos, parte del
año, en la fabricacion de los tejidos bajo el empinado te-
cho de su modesta choza.

Todo respira allí el sociogo de la vida honesta y el en-
cantamiento indefinible que se siente entre las gentes hos-
pitalarias y de sencillo corazón.

Alli son recibidos con bondad nunca desmentida los ami-
gos del lugar: entre uno y otro trago de espumosa cerve-
za, servida en vasos de madera de encina, se trata del
pago puntual de los tributos anuales al burgomaestre; se
ajusta el mutuo cambio de las semillas ó de las bestias
para los trabajos rurales y se conciertan los útiles de la-
branza que abrirán los surcos en la próxima esta-
cion.

Mézclanse á menudo á estas conversaciones, los gritos

de infantil alegría y los festivos juegos de Emelina, que
se entretiene con la cabrita nacida el mismo dia que ella,
ó con el perro ganadero que la acompaña siempre en sus
paseos por el campo.

Por la tarde, cuando los últimos rayos del sol quiebran
sus reflejos sobre las nevadas crestas de la montaña y co-
mienza á ascender en negra espiral el humo de las chime-
neas que calientan el hogar, la piadosa madre, la mirada
fija en el cielo, recita en alta voz sus oraciones, que Eme-
lina repite en sus faldas, juntas las manos sobre el pecho
y con acento anjelical.

El anciano cura de la Aldea, que mas de una vez ha
presenciado con el alma henchida de tierno gozo tan con-
movera escena, descubriendo entonces su blanca cabeza
concede á aquellos seres queridos las bendiciones del cie-
lo, que ellos reciben fervorosos besándole las manos.

Despues que la familia ha saciado el apetito con los
manjares de una modesta aunque bien abastecida mesa,
Dumb entretiene á su hija, al calor del fuego, ora refirien-
dole alguna sencilla historieta, ya enseñandola á entonar
uno de esos *lieder* ó canciones populares, ahora alegres,
luego tristes, siempre melodiosas y de cadencioso ritmo,
que sendas veces embargaron la mente de los viajeros,
y cuyas sencillas frases sirven hoy de tema á clásicas
obras maestras del genio musical.

Llegada la hora del reposo, Emelina recibe en la frente
el beso de la noche, en tanto que sus amorosos padres,
antes de ceder al sueño, elevan sus preces á Dios porque
prolongue su existencia derramando todo género de ben-
diciones sobre el ángel del hogar.

Asi discurre tranquila y feliz la vida de nuestros alde-
anos.

Nada viene á alterar la union de la familia en la conso-
ladora práctica de las virtudes domésticas; y con el andar
del tiempo, sigue siempre para ellos no interrumpida, la
blanda paz del trabajo exenta de zozobras y bendecida por
la piadosa contemplacion de los favores del cielo.

II.

Han pasado algunos años....

El sol de un bello dia de primavera ilumina la Aldea y
los vecinos valles esmaltados de pintadas flores, que pa-
recen haberse agrupado alli con timidez, huyendo de la
nieve que aun puebla las alturas.

En una de las laderas, de donde pueden distinguirse
claramente el campanario de la capilla y las chozas que
forman aquel precioso nucleo de poblacion, pacen socega-
damente los ganados, y se destaca sobre el verde campo
el variado color de sus pieles.

Vénse alli mezcladas con los bueyes de dócil cuello, las
vacas de abundosa ubre seguidas de sus alegres terneros;

mientras entre las breñas saltan las triscadoras cabras, bajan á beber en las márgenes del lago los caballos que arrea solo el perro ganadero.

El dueño y pastor de este ganado es Frank; gallardo mozo de azulados ojos, que apenas cuenta los veinticinco años. Su tez es blanca, aunque algo tostada por los rigores de la intemperie; pueblan rubios cabellos su cabeza que lleva con donaire sobre hombros llenos de vigor. Su semblante y modales indican que guarda en el pecho un corazón recto, sencillo y capaz de nobilísimas aspiraciones.

Aunque el espectáculo que presenta la naturaleza no puede ser más risueño y animador, el pastor sin embargo, triste y abatido reclina su cabeza en el tronco de una vieja encina, allá en el fondo del valle.

Su alma siempre gozosa y abierta á las inspiraciones de la vida campestre, parece en estos momentos no tomar parte alguna en la animación de aquel recinto.

¿Porqué está triste Frank?

¿Cómo no conduce, á la hora acostumbrada, sus ganados al abrevadero?

¿Los valles no repiten hoy el eco de sus cantos!....

Frank sufre porque ama, y está solo!

Fija la mirada en el sendero que vá hácia la aldea, espera con inquietud á la linda zagala que diariamente visita la campiña, — su más preciado bien, la blanca aparición de sus ensueños, que ya tarda.

Mil veces ha creído divisarla á la distancia acercándose al sitio en que se halla recostado; y otras tantas ha vuelto de su alucinación, causada por el movimiento pausado de algún árbol que asoma su cabeza, mecida por el viento, entre las rocas, ó por la aproximación de los pastores que á lo lejos cuidan sus rebaños.

Entonces — ¿qué son para mí, se dice, estas galas que adornan la pradera y el claro sol que les presta vida y color, si ella no está á mi lado para recoger las flores recién abiertas é inspirarme de amor por ellas y todo lo que me rodea?

Todo está sombrío y yermo cuando me falta la luz de sus miradas, y no suena á mis oídos el acento embriagador de sus palabras!

Mi ganado mismo aquí esparcido, paciendo está sin contento, y como yo espera, la alegre gamuza que embalsama con su planta la yerba de estos campos!

Muda está también hoy la cítara que ayer me acompañó á celebrar sus gracias; — también ella espera, colgada en aquel árbol, su melodiosa voz para acordar sus sonos y lanzar al aire tiernas melodías!

Tales pensamientos absorben la mente del pastor. — Adolorido su corazón por la tardanza de la zagala, por quien sufre de amores, sus labios pronuncian al fin estas palabras:

—Ven pronto, mi bien, que tardas!

Su fiel compañero, el perro Vogel llega entonces á todo correr, y poniendo las patas en el pecho de su amo, le colma de caricias; al paso que sus miradas indican el desasosiego de que se haya poseído.

Yá vuelve la cabeza hácia el camino, yá salta al suelo con viveza, hasta que preguntándole Frank la causa de su inquietud lanza gemidos de alegría, y ladrando de contento, echa de nuevo á correr en aquella dirección.

Apenas lo ha seguido algunos pasos el pastor, cuando irradiándosele el semblante de placer:

—Oh! cielo, esclama ya llega!

III.

Por el camino que serpenteando baja de la cuesta á la llanura entre rocas esparcidas de trecho en trecho, y grupos de nogal y frezno, acercándose viene con apresurado paso una joven aldeana seguida de cerca por una cabra de oscuro pelo y un tierno cabritillo que de vez en cuando se detiene á jugar entre las zarzas, y dando luego un brinco se reúne á su compañera.

La aldeanita es, sin duda, el suspirado bien del pastor. Lozana y bella como la primavera con todas sus galas, el más delicado pincel no podría espresar con sus verdaderos colores los encantos que la adornan. Los cabellos dorados y sedosos que cubren su frente matizándola con los tintes de la aurora se armonizan admirablemente con la viveza y el claro brillo de sus ojos, que parece robado á las estrellas para animar el conjunto de aquel rostro. Las flores cedieron un día su jugo y colores más delicados para teñir con ellos su tez fina y sonrosada.

Viste una corta saya pintada, cuyo corpiño ajustado perfectamente á la cintura, cobra gradual soltura á medida que aprisionando vá suavemente el seno palpitante de rosas y jazmines donde velado está, sin misterio, un corazón purísimo y generoso, sencillo al par que apasionado.... Pero ¿quién es, de donde viene esta donosa criatura?

Preguntémoslo al pastor, que corre á encontrarla.... Ah! es ella!

Es la joya de los aldeanos, — la hija amorosa de Martha y Dumb; — la misma que cuando niña repetía las oraciones en las faldas de la más dichosa de las madres; — la que escuchaba y bendecía con ternura el cura de la Aldea, aquel de la plateada cabeza, que yá no existe.... allá en la cabaña de los tejedores.

Es, enfin, Emelina.

IV.

— Frank dice abandonando su linda mano que estrecha entre las suyas el pastor, — al separarnos anoche olvidé anunciarte la fiesta que tendríamos hoy en la choza; cuanta ansiedad te habrá causado mi tardanza!

— Si, Emelina, te esperaba con inquietud; mis ojos lo dirán, pero ya estás á mi lado. — Ven, el día es bellissimo: bajo la encina que escuchó nuestras protestas de amor descansarás de las fatigas del camino.

Emelina que había recorrido con agitación la distancia que la separaba de Frank, aceptó solícita la invitación. Juntos descendieron al paraje donde hemos visto al pastor recostado momentos antes.

Es el más ameno sitio de la llanura. Embalsamado por la fragancia de multitud de gencianas y anémonas de exquisita forma y color, la sombra que le prestan castaños, encinas y nogales de ancho follaje se dibuja sobre la fresca yerba, exenta de espinas y asperas zarzas, extendiéndose hasta el lago que corre á pocos pasos.

Durante el estío ambos jóvenes pasaban allí muchas horas del día en agradable conversación.

Todo había sido testigo de sus confidencias mutuas y de sus amores castísimos, que murmuraban las auras al pasar, en el caliz de las flores y entre las ramas de la arboleda.

Allí se habían recordado á todo momento con indecible encanto, las ilusiones y proyectos de felicidad concebidos y comunicados mutuamente al abrigo del hogar paterno, ó á la salida del templo, en los días de fiesta, en la esta-

cion en que la nieve estendia su blanco manto sobre la cumbre inaccesible de las montañas.

Apenas han llegado, Emelina se sienta en un lecho de muzgo y paja seca, que Frank ha preparado para ella al pié de la encina.

Mirándola está el pastor embelesado cuando ella le dice:

— Es el tuyo : el collar de madera olorosa que labraste para mi el invierno pasado. Adorné con él mi cuello para la fiesta, aunque yo tambien como tú estaba triste.

— ¿Porqué esa tristeza, dime, hoy que todo ha sido alegría en la Aldea?

— Es que tú no estabas á mi lado, Frank, — y luego . . . al adornarme con el collar y estas cintas, vino á mi imaginacion el recuerdo de lo que pasó en la última fiesta de la cosecha!

— No sé que pueda haberte aflijido entonces, Emelina. Estabas tan bella y tan contenta! Dimelo.

— Te acuerdas del poeta que estuvo entre nosotros?

— Si, aquel de los ojos negros y larga cabellera, aquel que visitó los valles y subió á pié hasta la cumbre del Monte Blanco: si, lo tengo bien presente. El asistió tambien á festejar la recojida de los granos. Recuerdo bien que de vuelta á la choza de tus padres, llevaba al hombro como todos nosotros una horquilla, y una espiga de trigo en la mano. Veniamos todos cantando . . .

— Y ¿no recuerdas, Frank, los versos improvisados que recitó para mi, despues de la danza de aquella tarde en que yo me presenté vestida como estoy ahora?

— No, amiga mia, pero debió decirte palabras blandas de amor y contento . . .

— Ah! repuso Emelina con aire melancólico y mirando fijamente al pastor; — el poeta tomándome de la mano, en el centro de la rueda, me dijo estas palabras con acento bien sentido :

Ruede dichosa tu vida,
Y no sepas que el placer
Vecino al dolor se anida.

Los pastores batieron entonces palmas al inspirado bar- do, mientras un triste presentimiento se apoderaba de mi corazon . . .

— Desecha esa tristeza, mi dulce bien, le dice Frank besándole la mano con tiernisima efusion. ¿No sabes que los poetas siempre rien ó lloran en sus cantos? Olvidate de eso; — yo entonaré canciones, mas dulces á tu oido; pero antes, háblame algo de la fiesta de esta mañana que causó tu tardanza.

— Era la del cumple-años de mi madre — contesta la Aldeanita, vuelta á su acostumbrada alegría, — que celebramos en este dia con algunos buenos vecinos, bajo el *olmo del verjel*. — Si hubieras visto á mis padres, derramando lágrimas de gozo al adornar mis sienes con sus flores! Yo me contemplaba mas feliz que esas ricas damas de las ciudades, que de cuando en cuando viajan por nuestras Villas. Entonces pregunté una vez mas como no estabas alli, y mi madre me anunció que cuando llegaron á buscarte, habias dejado ya la choza para conducir el ganado al pastoreo.

— Creo haber soñado que en esa fiesta se recuerda siempre la historieta del *olmo*, observa Frank : cuéntamela, Emelina, todavia nos queda tiempo antes de retirarnos al hogar.

La jóven se reclina suavemente sobre el tronco de la encina, y aperebida de la atencion con que Frank se dispone á escucharla, comienza asi su narracion :

— Nací en un dia de otoño, ahora quince años, en medio de los transportes de alegría que tenian enajenado el corazon de mis padres.

Despues que hubieron elevado sus oraciones al Todo Poderoso por la felicidad de la hija que les enviaba el cielo, mi madre llamó á su compañero al lado de la cama y le dijo estas palabras :

« En el centro del verjel que dá abrigo á nuestra choza, existe como tu sabes un pequeño espacio de tierra, que reservamos para la mejor semilla. Quiero que tomes el mas tierno olmo de la pradera y allí lo plantes hoy mismo. — Anda! mi buen Dumb : la estacion es propicia ; cáva, cava hondo y desmenuza bien la tierra, y que un dia nos sea dado contar en el tronco del árbol, ya crecido, los años de nuestra recién nacida. »

Dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos de Dumb, que se consideraba feliz de poder hermanar por aquel medio mi vida que apenas comenzaba, con la del olmo que crece hasta esconder su copa entre las nubes.

No articuló palabra, y partió al instante.

A los ocho dias, cuando mi madre dejó el lecho, se encaminó llevándome en los brazos, acompañada por su esposo, hácia el mismo sitio del verjel donde estaba ya arraigada la planta.

Llegados allí, ambos la contemplaron largo rato en silencio, con los ojos arrasados de lágrimas; y volviendo luego sus miradas al cielo, doblaron la rodilla como movidos por una mano invisible.

— Señor! dijo mi padre, haz que para ella dure la vida tantos años, como dias cuenta el mas viejo olmo de las montañas!

— Siempre bella y feliz! añadió mi madre, entrelazando en las débiles ramas del arbusto una corona de rosas y jazmines.

.....
— Asi me refirieron mil veces esta historia, concluye Emelina. Y el árbol querido ha ido creciendo al paso que yo crecía y se encanecian los cabellos de mis padres, siendo testigos de nuestras fiestas y nuestros amores.

V.

El sencillo cuento de Emelina ha impresionado agradablemente al pastor.

La ternura de la escena que acaba de describir, el encanto de su voz, la expresion de sus miradas; todo ha contribuido á mantenerle desde el principio en un estado de arrobamiento celestial que no tiene palabras para expresar.

Toma entonces unas flores de las que á su redor matizan la yerba, y las vá enredando una á una con primor en los cabellos de su linda compañera, que ondean lijeramente al soplo de la brisa.

Ella baja la cítara que pendiendo estaba de una rama; la engalana con las cintas que ciñen su talle, y presentandola luego á Frank :

— Canta le dice, mi pastor querido; — tú sabes cuanto gozo al oírte, cuando avanza el sol á esconderse tras de la colina.

Despues de los primeros acordes, el pastor con voz enternecida entona esta cancion.

« Dichoso el ruiseñor que á la aurora cantando al nuevo dia, posado está en la copa del *olmo del verjel*;

Dichosas las auras que tus cabellos besan : los valles do resuena el éco de tu voz y nacen ledas flores para adornar tu sien.

Dichosos los padres que en las horas del día te prodigan sus caricias, y por la noche, velando están tu sueño con gozo celestial.

Pero mas que todos dichoso el pastor que primero te habló de amores, y de tu boca acentos de ternura siempre escuchó, en la choza, en la llanura, en el monte, en el verjel.

Que el alud de nieve nunca tale tus tierras y sus doradas mieses, desprendiéndose violento de lo alto de la montaña.

Que tierna y piadosa, mañana como hoy, contemplen tus gracias, jóvenes y ancianos vecinos del hogar.

Y allí se deslicen los años en sosegada paz, y con ellos las fiestas bajo el olmo del verjel »

Emelina agradece con profunda emocion los votos que tan sinceramente acaba de espresarle el pastor.

A un silvido se recoge el ganado: los dos jóvenes lo conducen, seguidos por el fiel perro, hasta la vecina aldea, y allí se despiden cariñosamente hasta el siguiente día, en que se reproducen escenas semejantes de amor y ventura.

VI.

Han pasado dos años.

Es la tarde. ¡Que alegre bullicio en la aldea!

— A la fiesta! gritan todos, — en la cabaña de Dumb!

... Y corren presurosos, doncellas y matronas, ancianos y jóvenes vestidos todos con sus mas nuevos y vistosos trajes. Cada uno lleva un ramillete ó una corona de albas flores

En el centro del verjel se hallan ya reunidos, formando bulliciosa rueda, labriegos y pastores.

El placer inunda todos los semblantes.

Los buenos tejedores, llorando de contento, toman una parte muy principal en los encantos de la escena.

Bajo el olmo querido, engalanado hoy por ellos, con guirnaldas de flores y cintas de color, acaban de recibir el pastor y la zagala la bendicion nupcial que consagra para siempre los lazos que tejió el amor.

Frank imprime un tiernísimo beso en la frente de Emelina cuyas mejillas tiñe el rubor; y juntos vuelan á los brazos de los ancianos padres

Reina un momento el silencio.

— Señor! exclama Martha vueltos los ojos al cielo, *consérvalos bellos y felices!*

— Y dure su dicha tantos años como días cuenta el olmo del verjel! añade Dumb en tono suplicante

— Y suena la música y bailan los jóvenes y cantan los ancianos hasta que la noche viene á sorprenderlos en tan incomparable fiesta.

RAFAEL.

Montevideo Mayo 14 de 1864.

La esperanza de un poeta.

Un nuevo retoño en la pradera es siempre una esperanza, y si entre los estragos del huracan que rodó sobre ella, aparece ese nuevo síntoma de vida, la fé consoladora nos eleva á bendecir la omnipotencia que nos salva un porvenir entre las ruinas de todo cataclismo. — Para nosotros que consideramos á la poesia, una de las manifestaciones

de la verdad, sin las que las sociedades serian lagos estancados, donde todo se corrompe, la esperanza de un poeta, es un nuevo horizonte que ensancha la perspectiva de mejores épocas.

Tales impresiones nos ha producido la lectura de una poesia del joven D. Vicente Lopez, á quien no hace mucho, hemos tenido ocasion de verlo niño, y que en verdad puede decirse que lo es aun; — su intelijencia se halla pues en ese periodo de castidad, en que, como el pudor de la hermosa, exige que se calle el justo elojio que podria prodigarsele, para espresar solamente la palabra de ánimo y estímulo que incite al estudio y al culto de la verdad de los sentimientos.

Esa poesia es una oda inspirada por el mas noble sentimiento, que intitula «Celajes Patrios», y en verdad los reflejos de nuestras glorias, unidos al miraje de un porvenir de libertad, forman el objeto de esa cándida espresion del primer entusiasmo patrio. — Hay en ella verdaderos destellos de poesia; fuera del *climax* con que se presentan las impresiones, hay entonacion en el discurso, que se introduce con una invocacion al poeta de la revolucion de Mayo, y que ha legado su nombre al autor y sobre todo el compromiso de sostenerlo en la altura de esa constelacion de nombres ilustres que reflejaron gloria sobre nuestro orijen, y que la destellarán siempre por mas que las nubes del presente, pretendan eclipsar el cielo de la Patria. — Sacamos de esta invocacion el siguiente ejemplo de sublimidad en el concepto y de fluidez en la versificacion.

- « Como fué que en las alas de los vientos
- « Que encresparon las ondas del Gran Plata
- « Vino á agitar tu canto el elemento,
- « Repercutiendo allá en el Chimborazo
- « Dó el guerrero de América luchando,
- « Demolió para siempre el coloniaje,
- « Remontando esos cantos
- « Que nacieron de tu alma en el miraje »

Aqui se muestra el pensamiento con esa noble altivez, tan difícil de producirse y que en algunos se manifiesta, cuando quiere vanamente parodiarse, como una hueca y bombástica declamacion de palabras — Esa sencillez es la muestra mas verdadera del estro poético.

Notamos en sus comparaciones la semejanza ideal y la elevacion del objeto, rasgos característicos del que tiene amor por lo bello. — Evocando á san Martin, pone en sus labios una entusiasta manifestacion, y en ella vemos esta comparacion que tiene orijinalidad:

.... « Mi acero

- « Corre cual la ola del pujante Plata
- « Cuando valles y prados arrebatá. »

Tambien hay en el joven Lopez, asomos de ese talento de descripcion, tan raro en los poetas americanos, y que parece que Echeverria lo hubiese monopolizado:

- « Las filas de ginetes se desatan
- « Y cual cintas de fuego las espadas
- « Ondeán reflejando, y arrebatan
- « Las huestes enemigas encontradas.

- « Y con brazos de Hércules potentes
- « Derriban y destrozan por do quiera,
- « Y terribles, furiosas, inelementes,
- « A la cuesta se avanzan á carrera.

- « Suena el cañon con bárbaro estampido
- « Silva el plomo, en dolores lastimeros:

« Ambas huestes vomitan fuego vivo
 « Los caballos se topan altaneros.
 « Y cual boas inmensas y terribles
 « Que lucharan furiosas, enroscadas,
 « Se envolvieron con impetus horribles
 « Ambas huestes lidiando entrelazadas ».

La viveza de esta descripción, la verdad, el modo insinuante de presentar las imágenes, es todo lo que se necesita para ser un narrador completo; si no nos engañamos es este el género en que nuestro autor ha de descolgar; el poema y la novela, esos difíciles ramos de la literatura, reclaman el esfuerzo de la inteligencia que concibió esas estrofas.

La última comparación de las huestes que luchan, con dos boas que se enroscan para despedazarse; es de una originalidad admirable y de mucha verdad.

Nuestro objeto, en nuestro artículo no es sino saludar la aparición de un poeta, señalar el nuevo retoño que descubrimos en el verjel de las letras, y derramarle algún riego de estímulo con el sincero deseo de que pueda contribuir en algo á alentar los esfuerzos del joven inspirado del sentimiento.

G. P. G.

Montevideo Octubre 6 de 1864.

El bandido.

Prolem sine matre creata...
 OVIDIO.

(Continúa).

V.

El nuevo personaje que cubrió la escena era un hombre como de cincuenta años; había en su rostro, en sus ojos resguardados de anchas y espesas cejas, en su cano bigote en las mismas arrugas de su frente, ese aire de majestad y nobleza que las victorias imprimen sobre las facciones de los que han sido actores en un gran acontecimiento—Los sucesos pasan, pero se daguerreotipan en el alma y sino les hemos pagado el tributo de nuestra sangre dejándonos en cambio un recuerdo indeleble, algún sello de su carácter queda gravado para señalar á los heroes—Esa altiva frente parecía anunciar por sí misma que se había alzado, erguida y bizarra en el campo de batalla, que una nube de humo la había circundado como una aureola de gloria y que el sable enemigo, suspendido un instante para caer mortífero sobre ella, había caído batido al empuje de su braza. Pero la expresión bondadosa y alegre que bajo esa majestad aparecía, probaba que no era uno de esos fratrícidas que solo respiran zaña y barbarie,—que era un ciudadano que despues de haber contribuido á castigar al invasor extranjero, arrojaba su sable, daba la mano á una esposa, el esfuerzo á la tierra y la esperanza al porvenir.

La conciencia de tener cuanto el hombre ambiciona, una patria, una propiedad, una familia, tranquilizaba su espíritu y lo hacían un hombre jovial, lleno de liberalidad y de franqueza.

De día se ocupaba en su trabajo, él solo atendía á todo el establecimiento; de tarde al lado de su mujer y su hija idolatrada, tomaba su mate y fumaba su cigarro; para comprender estos goces es menester tener una alma pura, haber contribuido con sus propios esfuerzos á esos resultados y poder decir: — Yo le debo todo esto á mi Patria, pero mi Patria me debe el poder dármele.

Para un viejo de este temple la juventud era un espectáculo halagüeño; la presencia de Jacinto había sido una sorpresa agradable y reía de buenas ganas con cualquier ocurrencia, escupiendo bulliciosamente los pedazos de cigarro que su risa le hacía sacar. La conversacion se había hecho animada entre los cuatro interlocutores, y versaba sobre las mozas del pago y las simpatías del trovador, lo que francamente hacía poner algo cabisbaja á Maria, porque los celos son hijos del amor, y lo mismo nacen en una alma sencilla que en cualquiera otra— Pero de repente oyóse un chisporroteo y se vió una nube de humo que parecía venir de la cocina, haciendose algo pronunciado el olor del asado, lo que hizo esclamar á Juliana:

— Que *diantres!* se me está quemando el *asao*, con perdón de la compañía... y levantandose se fue.

Al mismo tiempo el cigarro del viejo, que llamaremos Pascual, se apagó y como Maria se levantase para traerle fuego, aquel la hizo sentar deteniendola suavemente y levantandose, dijo:

— No me dejen solo á Jacinto, — que se vá á aburrir — y fuese él mismo á encender su cigarro.

Solos, Jacinto y Maria, el primero fijó en la segunda su mirada pero permaneció mudo— La mujer, cuando no afecta ni tiene por que afectar timidez, es mas intrépida en la expresión de los sentimientos y tambien se goza en enseñorearse del hombre cuando lo vé turbado; así fué que ella rompió el silencio diciendo:

— Si eso que vd. ha cantao, no lo anduviera cantando de rancho en rancho y haciendoselo creer á las mozas por ahí, yo le preguntaría una cosa...

— No digas eso, Maria — contestó Jacinto tomándole una mano que la jóven trató de esquivar diciendole:

— ¡Salga! embustero!

— *Mirá* que no sé mentir, ... solo á tu lado es que sé cantar estas cosas, y si no te estoy mirando vida mia, no digo sino *sonceras*... *Escuchá*, continuó besándole la mano y centellando sus ojos de pasión, *escucháme, mirá* que el corazón se me deshace, ... te quiero!

— Yo tambien! — exclamó Maria á quien esta expresión concisa de Jacinto la había convencido mas que un largo razonamiento ó un almibarado discurso.

Ante el elocuente silencio de la naturaleza, á la luz del crepúsculo y respirando la savia de las selvas, la palabra es pobre expresión; estaba dicho todo lo que el lenguaje artificial podría decir; toda otra palabra seria vana y solamente la gente ilustrada tiene el privilegio de decir palabras sin sentido.

Maria estaba entre los brazos de su amante y el beso casto y tierno de los prometidos, estampó en su mejilla la primera huella del amor; ajitose la brisa y como bendiciendo desde lo alto esa union de los jóvenes, juntó sus cabellos y recojió suspirando en sus alas invisibles, el eco y el aliento de aquel beso virjinal.

— Lo que queria preguntarte — dijo la joven separándose y volviendo á su antigua posición — era por qué dices en tus versos *que te quiero impaciente*.

— Cómo no decirlo, si me ves desesperao por tenerte con migo...

— Pero yo lo mismo...

— Pues y entonces... ya sé...

Pascual apareció de nuevo y el diálogo fue interrumpido.

— Jacinto, — dijo — comerás con unos pobres, pero con amigos; ya sabes que te queremos.

— Es verdad! y por eso, casi me estoy animando á decirle una cosa.

— *Dejate de rodeos* y franqueate con migo; mira que yo fui compañero de tu padre —; pobre Juan! . . . parece que lo estoy viendo, mas guapo que Artigas, y bueno como el solo. Ahí no mas al ladito mio murió, pero murió en su ley peleando por la patria, con que, ya ves, si *podés* decirme cualquier cosa.

Jacinto se movió en su asiento á derecha é izquierda, se compuso el pelo, toció, escupió y no decia nada.

— Vamos — pues — dijo el viejo — no se diga de un cantor como vos que no sabes hablar. . . .

— Lo que hay, es que quisiera casarme. . . .

— Superior! . . . vos *tenés* ya edad, *tenés* tu campito y tus vacas. . . . Eso es, lo que te falta es una mujer. . . .

— Si, señor. . . . pero yo me casaria solamente con Maria.

Un rayo de alegría brilló en los ojos del anciano, y sin poder disimularla exclamó:

— Vengan esos cinco! . . . si yo bien decia. . . . Viejo lobo, pa engañarse. . . . al fin me das un gustazo, pues, que mejor. . . . Juliana, mirá, que pareja, ni Dios junta otra mejor. . . .

— Que *decis!* exclamó la interpelada que recién llegaba y no habia oido la conversacion.

— Que he de decir. . . . que Maria se nos casa con Jacinto. . . .

En un salon, este seria trance de lágrimas y de suspiros; aqui á la puerta de un rancho, y bajo la bóveda estrellada, la escena era de expansion y de placer.

— Cuanto me alegre! — exclamó Juliana abrasando á su hija y besandole la frente — Maria bajó los ojos.

De repente las facciones de Pascual tomaron otro aspecto, y rascandose la oreja, como contrariado por algo, dijo:

— Miren si soy bruto — estoy aqui arreglando el asunto como si yo fuese quien me casase.

— Pero *sos* su padre. . . . dijo Juliana.

— Que padre ni que botijas. . . . que tiene que ver el padre. . . . la muchacha es. . . . que aunque mucho me gusta esto. . . . mi hija se casará con quien ella quiera. . . .

— No hay *cuidao* por eso, — contestó Jacinto, Maria me quiere. . . .

— Es verdad, mi padre, — se apresuró á decir esta — y mucho!

La alegría volvió al semblante del anciano.

— Pues asi sea — exclamó y besando á su hija, miró al cielo en el cual la luna reflejaba ya su pálida luz, juntó las manos de los jóvenes, las estrechó entre una de las suyas, enjógó una lágrima con la estremidad del poncho y dijo inspirado:

— Muchachos! — sean buenos *casaos!*

VI.

Algunos dias despues de las escenas que dejamos narradas, el rancho donde tuvieron lugar, estaba concurrido por una alegre reunion de paisanos y paisanas, cuyos respectivos caballos, lujosamente enjaezados, formaban un grupo á una distancia, donde cada concurrente se apeaba y aseguraba el suyo, ó bien trabandole las patas con la manea ó atandole del cabestro en una empalizada ó palenque que alli habia al propósito. — Esta otra reunion era tambien bulliciosa; no sabemos que diálogos particulares de relinchos y olfateos se entablaban ó se comprometían á veces, que los interlocutores, despechados de no poder darse de mordiscones por impedirselo el freno que sujetaba sus mandibulas, recurrían á enerjicas insinuaciones aplicadas con buena lójica por el casco de sus patas,

lo que producía en todo el grupo una agitacion sediciosa, y una tendencia á la libertad y á la emancipacion que obligaba á algunos de los jinetes, á comparecer, rebenque en mano, é imponer el orden que fácilmente se restablecía en virtud de unas cuantas interjecciones y de varios oportunos golpes aplicados al efecto. — Que esto suceda siendo actores del drama brutos irracionales, parece natural, pero que este mismo fenómeno *mutando mutandis*, nos lo estén ofreciendo esos grupos soberanos que se llaman pueblos, es cosa que nos hace dudar un tanto de la majestad y soberania de esos reyes tan fácilmente convertidos en vasallos por el poder de las interjecciones ó de los argumentos de la fuerza. — Diremos tambien en obsequio de la verdad, que algunos otros de los que ocurrían á imponer el orden, lo conseguían de un modo mas suave; algunas palabras amistosas y algunas palmaditas de caricia calmaban el brio del animal, pero la observacion de este otro medio no nos hizo cambiar de idea — Tambien á los pueblos nos dijimos, se tranquiliza y enfrena con palabras de miel y con caricias de amor!

Pero, hay un refran que dice: — *volvamos á nuestros carneros* — que tambien se dice en francés — *tournons á nos moutons* — (prueba irrecusable de que en todas partes hay carneros) — refran que quiere decir: — *vamos á lo que nos interesa*, y por lo tanto, de gran aplicacion en la alta política, entendiendose por ésta, la que desarrollan las personas agentes contra las personas pacientes. . . . Esto no impide que apliquemos el refran á nuestra historia y volvamos á ella, *puesto que cada ciudadano puede hacer lo que la ley no prohíbe*. — (Constitucion del Estado.)

Todo anunciaba una fiesta, dentro y fuera del rancho, y como una fiesta es en todas partes y entre toda clase de gente, la satisfaccion que produce una esperanza que se cree satisfecha ó que se cree segura, la alegría, ese brillante reflejo de la ilusion, deslumbra y desvanece durante ella las sombras del presente; — pobre de la humanidad, si Dios no le hubiese dado el consuelo de engañarse algunos momentos para creer en la felicidad, y si en esa misma alma donde el hielo del pensamiento descubre siempre la amarga realidad, no brillase de cuando en cuando esos relámpagos de placer y de sublimidad. — Y esto es asi, porque la ilusion, aunque desvanecida hoy, es una promesa, promesa que está diciendo á los hombres desde las mas remotas edades: — *Perfeccionaos y seréis felices* — En efecto, destruidos los obstáculos, las restricciones, los absurdos que llevan al ser humano fuera de su naturalidad, la verdad vendrá siempre á confirmar la esperanza, no á despojarla de sus encantos como el huracan que troncha la florida planta. — Los poetas, esos fieles creyentes de la ilusion, son los encargados de animar al espíritu ya sea cantando alegres himnos en la fiesta ó tristes endechas en la adversidad; por eso no hay vida sin poesía; todas las edades, todos los hombres la han tenido y la tienen, mas aun diremos, todo lo que vive la tiene.

Entre estos pobres é ingenuos paisanos, los trovadores se distinguían por su mirada intelijente y dulce y por tener en sus manos las guitarras adornadas de blancas y azules cintas; — ellos, como el eco de la fiesta, recibían el agazajo de todos y los enamorados venían á pedirles que interpretasen sus cuitas y se las cantasen en su nombre á la adorada ingrata, y era digno de verse lo concienzudamente que cumplían el encargo, penetrados de lo sagrado que es la mision de la intelijencia que se encarga de traducir los ajenos sentimientos — Dios nos aparte de esos pueblos frios y prosaicos que si ellos pudiesen existir, no

habría en su seno sino mezquindad y engaño, porque donde solo se calcula y se teme el presente, se estanca el pensamiento en la inmundada inmoralidad; pero donde el eco de los sentimientos conmueve y donde hay almas que lo producen, tiene que haber virtud y atmósfera vital para una vida pura y tranquila.

La guerra civil que ahogó los sentimientos apagó el brillo de la poesía en nuestros campos, como en nuestras sociedades; los odios que sustituyeron á esos sentimientos tienen gritos salvajes para espresarse é injurias para desahogarse; son los bramidos de las fieras, incapaces de dar una armonía, — y cuando el odio y los ruines sentimientos bullen en el alma, el poeta desaparece, las endechas que finje ó los cantos que rima primorosamente, no son sino esa declamacion recitada ó escrita, ese conjunto de palabras huecas, que alteran el sistema nervioso, sin penetrar mas adentro. — Lo que decimos de la poesía escrita ó cantada, decimos de la poesía viva, esa poesía que se encarna en la mujer para que aparezca el ángel, identidad que se eleva sobre el poeta, como el vaporoso perfume sobre la sensible flor.

Maria, heroina de la fiesta, puesto que tenia por objeto celebrar sus bodas con Jacinto, estaba digna de que la sociedad la confiase al amor de este inspirado del sentimiento; su sencillísimo vestido blanco, no se habia tejido con esa brillante baba del insecto sino con las flexibles hebras de las plantas, un corazon que se ajita bajo la seda, no vale mas que el que palpita en un seno velado por la blanca tela de algodón y á nuestro juicio una mujer deja escapar mas fluido eléctrico y ejerce mas atraccion con esta vestidura que con aquella, ademas de que sus formas se dibujan mas natural y graciosamente — Las torpes cortesanas aprenden á llevar como una matrona honrada ó como una niña inocente, las galas y las seducias, pero solo el candor y la inocencia saben llevar con inimitable gracia y altivez un vestido de algodón.

Tal sucedía con nuestra jóven; sobre su cabeza no habia otro adorno que algunas flores recojidas en la selva, de una blancura brillante y de un perfume suave; veianse de esas florecillas que una enredadera dá en lánguidos racimos y que se llaman — *lágrimas de la virgen*. Estaba radiante de hermosura y de emocion, por lo tanto envuelta en natural franqueza.

Jacinto, su esposo, la contemplaba impresionado, como el poeta á su inspiracion; ella á su vez lo inundaba de ternura con sus miradas haciendole estremecer de dicha.

Juliana, la pobre madre, á cuya ternura el amor arrebatada su encanto, se conmovia como la planta á la cual se arranca el fruto que maduró entre sus hojas; pero su hija era feliz y este consuelo, sávia desprendida de la misma herida, la curaba.

Ese triste placer del sacrificio por el ser que amamos, es en una madre donde tiene su mas poética espresion, cuando, druidisa de ese sacrificio, ha desprendido de sus brazos á una hija para que pase á los de un esposo.

Con todo esto hacia los honores de la fiesta con desembarazo y cordialidad — Pascual el veterano honrado, lleno de confianza en que ganaba un hijo en vez de perder una hija, se retorcia el mostacho para escupir con mas fuerza y de placer encendía cigarros que arrojaba sin empezar, y andaba diciendo cosas agradables á las mozas, pues aunque *ya fuera de combate*, como decia, *gustaba decirles de puro aficionado*.

Habiendo declinado un poco el sol, anunció á la reunion que era hora de encaminarse á la iglesia, y recibida

la noticia con aplauso por la concurrencia, cada uno fué á ocupar su caballo; los mozos ayudaron á subir á las mozas, Jacinto subió en sus brazos á Maria, la acomodó cuidadosamente sobre su bello corcel y colocandose á su lado abrió la marcha — Juliana y algunas otras paisanas se quedaron haciendo los preparativos de la comida, que consistia en enormes pasteles, una ternera con cuero y ricas cremas de leche.

La cabalgata se alejaba al trote, riendo cada uno y conversando bulliciosamente, y dos trovadores, rascaudo las cuerdas de sus guitarras, entonaban alegres cantares para entretener á la comitiva.

Habia en aquel grupo andante de ginetes alegres y entusiastas, algo de poético y patrialcal; cualquiera se creeria trasportado á los tiempos bíblicos, al ver aquellos rostros tostados, bajo los pañuelos flotantes que los protejian del sol y aquellos ojos de miradas de fuego que se veia en los de las mujeres, y al oír aquellas voces que se perdian en la soledad, espresando amor y contento, entre el relincho de los caballos y el compas de sus pisadas que iba marcándose, como un ruido subterráneo. A lo lejos y entre la nube de polvo que se levantaba, el grupo aparecia en un solo conjunto, y los écos confusos de todos era una sola voz; — parecia asi un ser mitológico que recorría los campos para alterar su silencio — A su alrededor las aves que dormian, levantaban su vuelo atronando el aire con graznidos espantosos.

El grupo se perdió en el horizonte, en direccion al pueblo mas cercano, donde era necesario trasladarse para encontrar una iglesia.

(Continúa.)

William Shakespeare.

POR VICTOR HUGO.

(Traduccion del francés.)

(Continúa.)

VI.

Como lo hemos visto, Shakespeare se quedó mucho tiempo en el umbral del teatro, en la calle. Luego consiguió entrar y llegó á estar dentro bastidores. Le confiaron el oficio de *call-boy* mozo llamador, ó con menos elegancia, ladrador. En el año 1586, Shakespeare *ladraba* en Blak-Friars, cuyo dueño se llamaba Greene. En 1587 dió un paso adelante, en la pieza titulada *El gigante atrapado, rey de Nubia, por que su hermano el finado Angulaferro*; Shakespeare entró en escena presentando el turbante al gigante. Pasó poco despues de comparsa á cómico, merced á la proteccion de Burbage, á quien legó en su testamento 36 eschelines para comprarse un auillo de oro. Se hizo amigo con Condell y Hemynge, sus ficles camaradas durante su vida, sus editores despues de muerto. Shakespeare era buen mozo, tenia la frente alta, la barba casi negra, el aire sosegado, la boca amable, el ojo profundo. Leia con preferencia al escritor francés Montaigne traducido por Florio. Frecuentaba la taberna de Apolo, donde entabló relaciones con dos aficionados asiduos á su teatro — Decker, el autor del *Guls hornbook*, libro que tenia un capitulo especialmente consagrado «al modo con que debe comportarse un hombre decente (*da belais*) en el teatro» — y el Dr. Symon Forman, que dejó un diario manuscrito donde se hallan los *comptes rendus* de las primeras representaciones del *Mercader de Ve-*

necia y del Cuento de invierno. Iba tambien al club de la sirena donde se encontraba con sir Walter Raleigh. En la misma época Maturano Régnier encontraba en Paris á Felipe de Cethuna en la fonda de la *Pomme du Pin*. La aristocracia de aquellos tiempos figuraba con buena gana en la fundacion de las fondas (*cabarets*) En Paris, el vizconde de Montauban, un Crepi, habia fundado el trinquete de los once mil diablos; en Madrid el duque de Medina Sidonia, el desgraciado almirante de la *Invencible*, habia fundado el *Puño en rostro*, como en Lóndres, sir Walter Raleigh fundó la sirena. Entonces los gentiles hombres eran á la vez aficionados al vino y graciosos.

VII.

En el año 1589, cuando Jacobo VI de Escocia, con la esperanza de subir al trono de Inglaterra, tributaba sus respetos á la reina Isabel que, dos años antes, habia hecho decapitar á Maria Estuardo, madre de aquel mismo Jacobo, Shakespeare escribió su primer drama, *Pericles*. En 1591, cuando el rey católico Felipe II examinaba el plan del marqués de Astorga para la construccion de una nueva armada, mas feliz que la primera por la razon de que jamás se puso en ejecucion, Shakespeare escribió *Enrique VI*. En 1593, cuando los jesuitas conseguian del Papa la autorizacion de hacer pintar «los tormentos y suplicios del infierno» en las paredes de «la camara de meditacion» del colegio de Clermont, donde se encerraba á menudo un pobre mozo que, mas tarde, debia hacer célebre el nombre de Juan Chátel (asesino de Enrique IV), Shakespeare escribió *El Salvaje amanzado* — En 1594, cuando se miraban entre ojos el rey de España, la reina de Inglaterra y el rey de Francia, diciendo los tres: *mi buena ciudad de Paris*, siguió Shakespeare completando el Enrique VI, con la segunda parte — En 1595, cuando el Papa Clemente VIII pegaba solemnemente á Enrique IV rey de Francia con su baston en las espaldas de los cardenales Du Perron y D'Ossat, Shakespeare escribió *Timon de Atenas* — En 1596, cuando la reina Isabel publicaba ese decreto contra las puntas agudas de las rodela y que Felipe II espulsaba una mujer por haberse reido en su presencia sonandose la nariz, Shakespeare escribió *Macbeth*.

— En 1597, cuando este mismo Felipe II decia al duque de Alba: «mereceria vd. la muerte» no por haber el duque de Alba asolado á los Países Bajos, sino por haber entrado en el cuarto del rey sin hacerse anunciar, Shakespeare escribió *Cymbelina* y *Ricardo III* — En 1598 cuando de Essex asolaba la Irlanda llevando por insignia en su sombrero un simple guante de la virgen-reina Isabel, Shakespeare escribió *Los dos Gentiles hombres de Verona*, *El rey Juan*, *Penas de amor perdidas*, *La comedia de errores*, *Todo está bien si acaba bien* y *El sueño de una noche de Verano*. — En 1599, cuando el Consejo de S. M. la reina deliberaba sobre la proposicion de condenar á la cuestion el Dr. Hayward por haber robado algunos pensamientos á Tácito, Shakespeare escribió *Romeo y Julieta* — En el año 1600, cuando el emperador Rodolfo hacia la guerra á su propio hermano que se habia sublevado contra él y hacia abrir las cuatro venas á su hijo, asesino de una mujer, Shakespeare escribió *Como os guste*, *Enrique IV*, *Enrique V* y *Mucho ruido por nada*. — En 1601, cuando Bacon publicaba el elogio del suplicio del conde de Essex, lo mismo Leibnitz, ochenta años mas tarde, enumeró las buenas razones que tuyo Cristina de Suecia para ma-

tar á Monaldeschi, con la sola diferencia sin embargo de que Monaldeschi nada era para Leibnitz y que el conde de Essex habia sido el protector de Bacon, Shakespeare escribió la *Duodécima noche* — En 1602, cuando, obedeciendo el Papa el rey de Francia, calificado *zorro del Bearn* por el cardenal sobrino Aldobrandini, rezaba todos los dias con el rosario en la mano, diciendo las letanias los miércoles y el rosario de la Santa Virgen los sábados, cuando quince cardenales asistidos de los gefes de orden abrian en Roma la discusion sobre el molinismo, y que la Santa Sede incitada por la corona de España «salvaba á la cristianidad y al mundo» con la institucion de la congregacion de *Auxiliis*, Shakespeare escribió *Otelo* — En 1605, cuando la muerte de Isabel hacia decir á Enrique IV de Francia: *Era virgen como yo soy católico*, Shakespeare escribió *Hamlet* — En 1604, cuando Felipe III de España acababa de perder los Países Bajos, Shakespeare escribió *Julio Cesar* y *Medida por medida* — En 1606, en la misma época en que Jacobo I de Inglaterra, antes Jacobo VI de Escocia, escribia contra Bellarmin el *Tortura torti*, é infiel á Carr, empezaba á honrar con sus afecciones cariñosas á Villiers que pronto debia honrarlo con la distincion real de *Votre Coehomerie*, Shakespeare escribió *Coroliano* — En 1607, cuando la universidad de York recibia al joven principe de Gales de Doctor, como lo cuenta el P. de San Romualdo, con todas las ceremonias y pieles acostumbradas, Shakespeare escribió *El rey Lear* — En 1609, cuando la magistratura de Francia daba una carta blanca para el patíbulo, sentenciando de antemano y de confianza al principe de Condé, «á la pena que S. M. quisiese estipular», Shakespeare escribió *Troilus y Crenida* — En 1610, cuando Ravailac asesinaba á Enrique IV con el puñal de los Jesuitas y que el Parlamento de Paris asesinaba á Ravailac por medio de un suplicio bárbaro, Shakespeare escribió *Antoño y Cleopatra* — En el año 1611, en fin, cuando los moros, espulsados por Felipe III, se arrastraban agonizando fuera de España, Shakespeare escribió *El cuento de invierno*, *Enrique VIII* y *La Tempestad*.

VIII.

Shakespeare escribia en hojas sueltas, como hacen todos los poetas. Malherbe Boileau son casi los únicos que escribieron en cuadernos (1). Racan decia á la Sta. Gournay: «he visto esta mañana á Mr. de Malherbe cosiendo con hilo grueso un lio de papel en que apareceran pronto cantidad de sonetos». Cada drama de Shakespeare compuesto para las necesidades de su compañía era sin duda estudiado y puesto en repeticion por los actores en los mismos orijinales que no se daban el trabajo de copiar; de ahí, pues, para él como Moliere, la dispersion y pérdida de los manuscritos. No existian registros en esos teatros casi ambulantes; ninguna coincidencia entre la representacion y la impresion de las piezas; alguna vez no habia impresor tampoco, solo quedaba el teatro para toda publicacion. Cuando, por casualidad, se hallan las piezas impresas, llevan titulos que desconciertan. La 2.^a parte de Enrique VI lleva por titulo «La primera de las guerras entre Yorck y Lancastre»; la 3.^a parte el de «La verdadera tragedia de Ricardo, duque de Yorck». Todo esto hace comprender

(1) Hemos visto al Sr. X. Marmier escribir igualmente sus obras en cuadernos. N. del T.

porque han quedado tantas dudas sobre las épocas en que Shakespeare escribió sus dramas, y por que es tan difícil asignarles fechas precisas. Las fechas que acabamos de indicar y que se encuentran agrupadas aquí por primera vez, son casi seguras; sin embargo alguna duda queda todavía sobre los años en que fueron, no solamente escritos, sino representados también los siguientes: *Timon de Atenas*, *Cymbelina*, *Julio Cesar*, *Antonio y Cleopatra*, *Coriolano* y *Malbeth*. Años hay bastantes estériles, otros de una fecundidad que parece extraordinaria. Por ejemplo, es en virtud de una simple nota de Meres, autor del *Tesoro del espíritu*, que podemos atribuir al año 1598 la creación de seis piezas: *Los dos gentiles hombres de Verona*, *la Comedia de errores*, *el rey Juan*, *el sueño de una noche de verano*, *el Mercader de Venecia*, y *todo está bien si concluye bien*. La fecha de *Enrique VI* está determinada, á lo menos en cuanto á la primera parte, por una alusion que hace Nakse á este drama en su *Pierre Pennilese*. El año 1604 queda indicado para *Medida por medida* por una nota especial de Hemyuge, y el año 1611 para *Enrique VIII*, sabiendo que fue representado cuando el incendio del globo.

Incidentes de toda clase, quejas ó reyertas entre los cómicos sus camaradas, un capricho del Lor Chambelan, obligaron varias veces á Shakespeare á cambiar de teatro. *El salvaje amansado* fué representado por primera vez en el año 1593 en el teatro de Henslowe; la *Duodécima noche* en el año 1601, en Middle-Temple-hall, *Otelo* en 1602, en el castillo de Harefield, *El rey Kear* fue representado en White-hall el dia de natiuidad del año 1602, en presencia de Jacobo I; Burbaje hacia el papel del rey; Lord Southampton recientemente llegado, libertado de la prision que sufrió en la torre de Lóndres, asistia á esa funcion. Ese Lord Southampton era el mismo aficionado de Black-Friars á quien Shakespeare habia dedicado en el año 1589 un poema con el título de *Adonis*. Adonis era de moda entonces. Veinticinco años, despues de Shakespeare, el caballero Marini escribia otro poema de Adonis que dedicó al rey Luis XIII de Francia.

(Concluirá).

Rasgos biográficos

DEL EDUCACIONISTA

DON JUAN MANUEL BONIFAZ.

I.

La ilustracion es el camino de la verdad, y para que se acerquen los dias en que la veamos lucir con su mayor esplendor, es preciso que nos apresuremos á preparar á las masas que deben recibir su benéfica luz. Por eso el educacionista es entre nosotros el *apostol* de la verdad, armado de la cruz y de la palabra, que va á conquistar un mundo y viene derramando la semilla de la virtud en corazones tiernos. He aquí por que, cuando encontramos á un hombre inclinado bajo el peso de los años, encanecido en la enseñanza, lo miramos con respeto y con esa religiosidad que inspira un hombre que tiene algo de sagrado.

El que está dedicado al cumplimiento del precepto evangélico *enseñar al que no sabe*, no solo debe conocer á fondo los principios que trata de difundir, sino que, además, debe tener en si mismo un tesoro inagotable de bondad y de virtudes que vaya inoculando gradualmente en el corazon de esos niños que debe formar; ha de ser un

hombre, ya que no perfecto, al menos aproximado en lo posible á la perfeccion.

Solo esta condicion puede hacer abrigar al hombre la esperanza de ver fructificar provechosamente en algun dia los benéficos preceptos que el maestro ha inculcado en la infancia.

La educacion es las mas veces la que salva á los hombres del naufragio de las pasiones. ¿Por qué, pues, hemos de mirar con indiferencia á los encargados de propagarla?

Es doloroso ver entre nosotros á un hombre que ha sacrificado sus mejores dias, que ha consagrado su vida y ha apurado los recursos de su inteligencia, en servicio de la educacion de la juventud de ambas orillas del Plata, olvidado hasta por aquellos que bebieron en él la instruccion como si fuera un recuerdo que importunara su memoria.

Pero, dejémoslos que sigan sus impulsos naturales y oigamos el voto de los que apreciando en su justo valor los constantes desvelos que le han costado los progresos de los que han sido y son el objeto de sus afanes, no cesan de admirar su celo ejemplar y sus raras virtudes.

Adhiriendo, pues, el nuestro á este merecido reconocimiento, dejemos consignados en estas páginas algunos recuerdos de su vida.

II.

Nació D. Juan Manuel Bonifaz en la Villa de *Tucumayor* situada á inmediaciones de la hermosa ciudad de Logroño, en el reino de Castilla la Vieja, el dia 9 de Junio de 1805, de una familia distinguida de Provincia. Fueron sus padres, D. Benito Bonifaz, ciudadano respetable que prestó importantes servicios á su patria, tanto en la magistratura como en la carrera de las armas, y Da. Gertrudis Bonifaz, modelo de caridad cristiana, que supo desplegar todo el celo materno en la educacion de su hijo.

Hizo sus estudios primarios en *Quintana*, pueblo de la Provincia de Alava, y cursó los superiores en la ciudad de Logroño, mereciendo desde entonces la recomendacion de sus preceptores D. Andres Garrido y D. Domingo Marauri por su aplicacion y progresos, bajo cuya direccion sobresalió en el estudio de la lengua latina, en las matemáticas y en la filosofia.

Poco tiempo despues, dedicóse esclusivamente á la literatura, no olvidando de vez en cuando rendir culto á las Musas; mas no pudiendo seguir sus estudios en las Universidades de la peninsula Española á causa de la guerra que sostenian los constitucionales contra las facciones del Rey Fernando VII y la intervencion armada de la Francia, pasó á Paris en 1825, donde vivió con su tio D. Paulino Bonifaz, á cuyo lado le fué facil seguirlos, asistiendo además á las conferencias de acreditados profesores sobre las varias ciencias que se cursaban en los principales colejos, y al Ateneo Real, cuyas cátedras eran regenteadas entonces por los hombres mas conspicuos de Francia, como Blauville, Carlos Dupein y otros.

Habiendo merecido la confianza del Emo. Sr. Don José de Carvajal, Duque de San Carlos, éste lo hizo su secretario particular, cuyo empleo desempeñó hasta que acaeció la muerte de tan estimado personaje.

Fastidiado de una vida poco activa, resolvió pasar á América con ánimo de emprender la carrera del comercio, relacionándose en este tránsito con los Doctores Don José M. Fonseca, Don Irineo Portela y el malogrado poeta Echeverria.

«El buque que transportaba tantas esperanzas entonces que fueron tantas realidades despues» segun la espresion de un biógrafo, anclaba en el puerto de la ciudad de Buenos-Ayres el 30 de Junio de 1830. Jóvenes enviados á Europa durante la presidencia del ilustre Rivadavia, algunos de sus pasajeros, regresaban á su patria deseosos de ofrecerle el óbolo de sus inteligencias. Fonseca y Portela fueron dos de los primeros que han ilustrado la ciencia de Hipócrates en el Plata; Estevan Echeverria, el primer poeta de nuestra escuela Romántica; y Bonifaz uno de los mas inteligentes y contraidos educacionistas.

Solo Bonifaz ha sobrevivido á estos viajeros.

A aquellos hombres colmados de gloria cuyo recuerdo enorgullece á los Americanos es á quienes se debe que el pensamiento comercial de nuestro digno maestro, se convirtiese en la adopcion de la carrera pedagógica, pues apreciando las aptitudes de su jóven compañero, y comprendiendo las ventajas que reportaria el pais de las dotes que en él descubrian, le aconsejaron con empeño se dedicara á ella.

Bonifaz, cediendo al fin al deseo de sus amigos, asi que arribó á Buenos Ayres, queriendo introducir en estos paises, nuevos á toda ciencia, pero aspirantes á todo progreso, la gimnasia, tal como la habia visto enseñar en los colejos franceses, abrió uno con el nombre «GIMNASIO ARGENTINO», en el cual la practicaba con alguna innovacion en los cantos empleados en los ejercicios, que sustituyó por otros que espresaban trozos de gramática en verso, cuya música se adaptaba perfectamente á la ejecucion de los movimientos.

No obstante la importancia de aquella introduccion entre nosotros, le valió la critica envidiosa de algunos Aristarcos que pretendieron ridicularla. Pero, lejos el gobierno de Buenos Aires de prestar su atencion á tales informalidades, resolvió en 1831 elejirlo para la direccion de la «ESCUELA NORMAL» que trataba de fundar, y que pocos dias despues de instalada tuvo que cerrar sus puertas por los acontecimientos políticos del pais.

En esta época fué tambien cuando el Sr. Bonifaz dió á conocer las disposiciones y facultades que tanto le han distinguido, con la primera publicacion de su ensayo «Método de lectura» que enteramente nuevo y el mejor de los conocidos hasta entonces, mereció no solamente la aprobacion general, sino, mas tarde, la honorifica recomendacion de uno de los pedagogos de mas nota.

El Sr. Sarmiento, uno de los hombres mas instruidos de la República Argentina, lo reputó entonces como el método mas perfecto, y al hablar de él en uno de sus escritos, entre otras cosas dice estas testuales palabras: — «El sistema del Sr. Bonifaz, es el primer paso dado de una manera eficazísima en el método de enseñar gradualmente á leer, con ejercicios preparados para cada combinacion de sílabas, y la instruccion primaria le debe un inmenso servicio — Lo que yo he hecho despues no es mas que una aplicacion de aquella invencion, que me hago un deber de encomiar.»

Alentado el Sr. Bonifaz con la acogida que tuvo su trabajo y con los resultados que consiguió, ha publicado desde entonces una serie de obras didácticas que por su mérito tanto han contribuido á cimentar su reputacion literaria.

III.

Pero el ardor con que se entregó á sus trabajos, aniquiló en breve sus fuerzas.

Viendose en la necesidad de cambiar de aires á causa de una grave enfermedad que puso en peligro su existencia, aceptó el cargo de Inspector General de Escuelas y Director de la Normal, recientemente fundada, que le proponia el Gobierno de la Provincia de Corrientes, en donde fué corta su permanencia por lo caloroso de aquel clima, inconveniente á su salud, y por razones que muy bien comprendió un amigo suyo, resumiéndolas en estas palabras: — «*Vous n'êtes pas à la portée de ces gens-ci.*»

Aunque con el sentimiento de separarse de aquella sociedad con quien tanto habia simpatizado, regresó á Buenos Aires en 1837 algo restablecido en su salud. Enemigo de la inccion se hizo cargo del COLEGIO BONAERENSE; pero en breve se vió obligado á abandonarlo y á ausentarse del pais, por librarse de las persecuciones de Rosas á causa de haber publicado unos versos que aquel árbitro calificó de inmorales, y que fueron reproducidos no ha mucho por la *Tribuna* al ocuparse de aquel dictador.

Habiendo pasado á Montevideo con el ánimo de seguir viaje á Europa, halló á Dn. Juan R. Muñoz con cuya familia se relacionó en Buenos Aires, y convinieron ambos en establecer una casa de educacion bajo el nombre COLEGIO ORIENTAL. En este establecimiento importantísimo donde se ha educado lo mas selecto de la juventud que hoy figura, hijos de los emigrados argentinos de aquella época muchos de ellos, es donde el Sr. Bonifaz adquirió brevemente la fama que le valió esta opinion del ilustre é infortunado Dr. Varela: — «Aquí tenemos muchos doctores, muchos poetas; pero un solo hombre á quien poder confiar la educacion de nuestros hijos» (1)

Pero no satisfecho aun el Sr. Bonifaz con tantos sacrificios consumados en bien de la juventud del Plata, se esforzó en probar el extremo de su actividad fundando y sosteniendo al efecto tres escuelas de niñas cuando las penurias del Erario Público no permitian sostener ni una sola, y regenteando hasta el presente muchas casas de educacion á mas de la pública, que dirige...; Sublime abnegacion! Hoy todavía, despues de 34 años consagrados á la enseñanza de los hijos de nuestro suelo, despues de haber formado tantos hombres útiles á su patria, hoy, decimos, en el último tercio de su vida, lo vemos sin arredrarse, con el mismo ardor de siempre, entregado á su penosa tarea como si su mision no hubiera concluido!

Y no es esto todo. Ademas de sus numerosas obras publicadas, entre las cuales solo citaremos su método de *Caligrafía*, la série de opúsculos sobre gramática y aritmética para instruccion de los maestros en el modo de enseñar, otra gramática en verso y una *Ortografía castellana* que contiene mas de quinientas reglas desconocidas de las demas de su clase, hemos tenido la oportunidad de leer algunos de sus acabados trabajos sobre la enseñanza, que conserva inéditos.

Es de lamentar ciertamente que por falta quizá de proteccion de parte del pueblo y del gobierno esten destinados á no ver la luz tan importantes trabajos.

A las altas cualidades de su intelijencia, reúne el Sr. Bonifaz, las de su conducta intachable, de su caridad y desinterés: nunca las puertas de su colejo fueron cerradas al niño indigente, ni el lucro pecunario fué el móvil que lo llevó á publicar sus obras, sino la propagacion de su utilidad.

De una cultura sumamente esmerada y candorosa en

(1) Fué dicho en respuesta á un personaje extranjero que le interelaba sobre nuestras capacidades.

estremo, con una fé viva en la relijion de sus padres, ha sabido imprimirla en todos sus actos y en los corazones liernos de sus discípulos, fundando para el efecto la Congregacion del niño Jesus, á la que el malogrado vate oriental Figueroa dedicó algunos de sus mas hermosos himnos, y arreglando un librito de doctrina cristiana digno de una mención especial.

Siempre reconcentrado, por mas que haya sido nuestro anhelo recojer de sus lábios algunos íntimos episodios que se relacionen con su vida pública para hacer conocer con mayor propiedad sus relevantes méritos no hemos tenido el gusto de ser enteramente complacidos.

Sabemos que es mas grata para él la oscuridad de la modestia, que no aspira á mas satisfaccion que á la de su conciencia, pero no obstante, aunque á riesgo de herir sus hondas susceptibilidades, no podemos menos de dejarlos arrastrar por las exigencias del deber que nos impone nuestro mas sincero reconocimiento. Tal ha sido el objeto que nos hemos propuesto al tomar á nuestro cargo el tratar estos rasgos *biográficos*, dignos indudablemente de otra pluma mejor que la nuestra.

Mientras cada ciudadano de los que componen nuestro gran pueblo se vea privado de la instruccion á que tanto aspira, nó habrá llegado, la hora en que el magisterio de la enseñanza se vea elevado entre nosotros al alto rango con que se le honra en otros países; pero tan pronto como ella llegue, en cada corazon se elevará un pedestal de gratitud para el que nos condujo de la mano en los primeros pasos de nuestra infancia para aquellos que lucharon por transmitirnos los mas sanos principios de moral, de civilizacion y de cultura con que ha de reformarse indudablemente la sociedad.

Entre tanto esté seguro el Sr. Bonifaz de que su nombre permanecerá gravado en nuestros corazones.

F. J. A. B.

Montevideo Agosto de 1864

Tipos populares.

EL GAUCHO.

Ya le presentamos, en la persona de Juan Molina, bajo su faz heroica — hoy le haremos ver bajo otro punto de vista, en cuyo sombrío fondo se columbran, los gérmenes del heroismo — desprovistos de lozania sí, pero por falta de cultura intelijente.

Voltaire pone en boca de Ciceron á quien hace figurar en una de sus tragedias, dos versos cuya traduccion literal es la siguiente :

Quien del crimen á la historia
Suministró el ejemplo
A amar la escelsa gloria
Se hubiera alzado un templo.

Es decir, si hubiesen sido explotadas las facultades vigorosas y enérgicas que fermentaban en su alma — ó lo que es lo mismo, si hubiese sido educado para el bien, esas mismas facultades le habrían hecho invulnerable al crimen.

No abogamos — razonamos y es justicia — Nosotros, los que germinamos y nos desarrollamos, con la fecundante sávia de las instituciones sociales, queremos moralizar á aquellos de nuestros compatriotas que no gozaron de esas ventajas, por medio de la ley coercitiva, cuya sancion no les fué conocida, sino por el efecto de la represion — Sí, queremos eso sin echar de ver, que nos hacemos mas

criminales, inconmensuradamente, que el criminal á quien se lo aplicamos, escudandonos con la reflexion de que son necesidades del cuerpo social, escarpelar sus partes gangrenadas, cuando la necesidad vital de su existencia, es evitar la ulceracion de sus miembros.

Pero advertimos, que nos dejamos arrastrar por la impetuosa corriente del pensamiento, mas allá del punto á que nos dirigimos. — Volvemos pues á él, jadeantes pero esforzados

Julian el matrero, es vecino de la frontera, pues su morada solo dista de ella unas veinte leguas proximate y sabido es que ese trayecto, no es distancia para el gaucho, que tenga á su disposicion un sotreta cualquiera, pues con él y un par de voleadoras, ya sabria apoderarse, del mejor flete de la comarca, á que anticipadamente le echara el ojo, si por acaso llegó á pasar al alcance de su visual.

La morada de Julian, se alzaba en la falda oriental de una cuchilla bajo la forma de un rancho algo desvencijado y de dimensiones exiguas, á cuya circunstancia debió probablemente el no ser arrebatado en alas del pampero. — Los materiales de su composicion consistian en seis horcones, dos saleras y una cumbreira, sobre los cuales reposaba la techumbre describiendo un ángulo obtuso en un sentido y un plano inclinado en otro — Doce tijeras ó tirantillos cruzados de cañizo suficiente para asegurar en él, seis empleas por costado de paja totora, cbrtadera ó espartillo, es cuanto se empleó en esa techumbre, que abrigara á una familia, cual las alas de una gallina á sus poyuelos — Debemos decir tambien, que los moginetes y costados presentaban bastante obstáculo á la intemperie, cerradas como estaban con palo á pique, rama menuda ó paja torcida — tres sistemas, de los cuales, no sabemos cual era el observado allí, pues esa primer cubierta, se hallaba bien recubierta por gruesa capa de barro, puesta á mano, limpia de otro sujeto — En un ángulo interior del fondo de ese retrete, sala de recibo, cocina, comedor, dormitorio y demas oficinas á la vez, todo en una pieza, se alza una tarima, construida con materiales que como los del rancho, suministrara el monte, del arroyo que en el fondo del valle serpenteara — Esa tarima, encerrada entre retazos de estera juncal, es el santuario de la generacion y de la devocion, pues allí pudieran verse pegadas á las paredes, no sabemos como, algunas estampas iluminadas — estampas que aunque representaran al mismo Satanas ó al padre Rodin, eran objeto de la oracion ó plegaria que habitualmente les dirigian los cándidos habitantes de aquel pagizo recinto, sin tener de ello, la minima conciencia—No debemos dejar de hacer aqui la importante observacion, de que la oracion no formaba parte de los hábitos de Julian el matrero, sino en los casos de encontrarse á deshoras de la noche, en la soledad de los campos, con alguna *ánima en pena* — En esos graves casos sí, la gracia se insinuaba en el espíritu del gaucho y oraba ó murmuraba un bendito chapurreado, que aprendiera allá en los tiempos en que solo era embrion de matrero.

Al lado de la tarima, pendia de la cumbreira una tosca camilla, atada por sus angulos, por fragmentos del lazo que en otro tiempo, sirviera para sujetar al toro bravo ó al indómito bagual, que el intrépido matrero quisiera dominar. Esa camilla cuya descripcion no hacemos por sabida, era muy capaz de servir de oscilante cuna á los progenitores del bandido — Decimos bandido, por que las costumbres de Julian, no eran de las mas ejemplares, como se verá mas adelante, pero no obstante, nadie se atrevia á designarle

con tal epíteto — Llamabaule si, *el matrero* á voz en cuello, pero como título honorífico que conquistara conservando independencia de toda autoridad; parecería extraño mas ello era así y no era caso único — En medio de las conturbaciones civiles, jamás ciñera el sable, ni enristrara la lanza, en sostenimiento de aspiración alguna — él, solo trabajaba por su cuenta y huía el cuerpo á todo compromiso que no estubiese íntimamente ligado á su modo de pensar. — Vive Dios! que si todos sus paisanos le hubiesen tomado por norma, se habrían evitado grandes males.

Seguimos la descripción del interior de su morada — En el otro ángulo del fondo y en el suelo, se podrían ver amontonadas, caronas que por viejas cayeran en desuso del apero, cueros de carnero y restos de sudadera, que aunque restos, todavía conservaban — muy visibles — vestigios de mataduras, cuya vista habría hecho gesticular al ciudadano — De esos elementos y otros emblemas de la más pronunciada indigencia, ó indolencia, ó cálculo quizás, esparcidos en la noche con tan filosófica indiferencia que ante ella, el mismo Crates se humillaría, de esos elementos, repetimos se componía el lecho de los rechonchos infantes, cuando la venida al mundo de un nuevo vástago les arrojara sucesivamente de la cuna suspendida — Completaban el permanente ajuar, cuatro cabezas de vaca que rodeaban el hogar, del cual se desprendía cierto humo gaseoso, tan incesante, como el que produjera la llama sagrada, emblema de la inmortalidad, que se alimentara en los templos que los Incas consagraran al sol, como fuente de toda vida.

Al lado de los materiales que ese humo despedían estaba la caldera y á la parte exterior, el mate consabido reposaba en la ceniza — en un rincón yacían algunos azadores de diversas dimensiones y una olla coja, fatigada de servicio, según lo acreditaba su decrepita actitud — Lazos maneadores, maneas y rebenques, cuchillos, chairas y tientos para trenzas, adornaban las paredes en confusión uniforme.

Diremos para concluir y ocuparnos de nuestro objeto principal, mas digno de observación, que animaban todo eso cuatro rollizas criaturas de ambos sexos, que surgirían del fecundo seno de Petrona la compañera de nuestro héroe; perros, gatos y gallinas que bajo la cama ponían é incubaban; no obstante la estrechez del rancho, siempre había lugar en él y agasajo también para media docena de forasteros que el acaso ó la intención, llevaran por allí y el hombre más encarchado y con el tirador más repleto, podía dormir allí, seguro de estar amparado bajo la égida de la hospitalidad más austera, á la vez que más previsora y compaciente.

¿Como hacia Julian para sostener su tren de vida? A Julian no le faltaba un buen apero con todo herraje de plata que se guardaba en una caja oculta bajo la tarima, caja que también contenía algunas galas de precio que Petrona revestia, cuando él la llevara en ancas con el pingo enjaezado, á concurrir á la fiesta á que diera lugar una yerra ó carreras muy mentadas — A Julian no le faltaban algunas amarillas en el cinto; debajo de la ramada, accesorio de su población, no faltaba jamás la carne gorda — La bolsa de la yerba y el guampa de la sal, siempre estaban bordeando. — Una tropilla de caballos escogidos entre lo bueno, siempre á su servicio estaba — Como hacia Julian para sostener esas grandezas, encubiertas con los atributos de la miseria, que constituían el lujo saltante de su interior?

Vamos á decirlo — á riesgo de equivocarnos no — por-

que de los procedimientos de Julian y otros, resultaron reclamación de Estado á Estado, que complicándose, sirvieron de pretexto muchas veces para que el fuerte, invadiera los derechos del más débil.

Vaya una manera nueva de disertar sobre tipos populares! Flanqueados con la descripción de un rancho miserable por un lado y por el otro, con conturbaciones nacionales! — Describe el tipo, y dejese el narrador de digresiones.

Allá vamos — Os lo diremos con cautela; prestadnos atención — Julian era capitán de una especialidad de bandoleros, mercedeadores cuyas expediciones siempre se efectuaban ultra-frontera — Sus individuos comunicaban entre sí, por medios convenidos de antemano — Rutilantes llamaradas aparecían en los puntos culminantes de las cuchillas ó cerrillados y establecían un sistema telegráfico — nocturno que se extendía á grandes espacios y que según ciertas disposiciones, anunciaban una reunión ó un peligro. Si reunión, todos esos hombres, después de contestar á la señal, corrían, como los rayos de un foco, que se concentran á su punto de partida — Una vez allí, se reconocían y si faltaba alguno, el capitán se dirigía á determinado individuo y preguntaba:

— « Y el manco? »

— « El manco no vendrá — Su fogata no apareció. »

A esto se reducía toda la revista y se ponían en camino hundiéndose en las tinieblas con velocidad fantástica y tanto se alejaban que al fin los cascos incandescentes de sus caballos, levantaban el polvo del territorio extranjero.

Una partida celadora les cierra el paso y estentorea voz vibra en los aires: « alto ahí! »

La voz es fácil darla — la ejecución de lo que íntima es lo difícil.

El grupo de Julian se agita y fracciona en tantas partes como ginetes le componen — Una descarga de arcabuces ilumina las sombras — el silencio rompen y los proyectiles parten. Todo espontáneamente, la luz, el fragor y la muerte!

El caballo de uno de los invasores cae y su jinete lanza un grito. A su eco todos los caballos de los dispersos giran sobre el anca y vuelven en protección. La lucha empieza, tanto más terrible entonces, cuanto más desigual ella es. La superioridad numérica está por los agentes de la autoridad del territorio donde la escena pasa, pero la superioridad moral está por los bandoleros, porque mientras aquellos combaten solo en cumplimiento de un deber cada uno de estos pelea por lo que entiende su gloria — nadie les enseñó que otra más meritoria hubiera!

Dos minutos después la victoria se había pronunciado por los bandoleros, y las huellas que estampó en el teatro del suceso así lo acreditaban.

Al rielar el alba del siguiente día, siete de los bandoleros, de nueve que eran, volvían á sus hogares, ocultándose en los bajos conocidos, y con todo un rodeo de hacienda por delante.

Tal es el bandido de frontera, verdadero tipo popular, por más que se crea hallar exageración en nuestra narración. Si el pueblo que tales tipos encierra en su seno no los utiliza, es porque la marcha de civilización y de progreso, no ha hecho todavía resplandecer las verdades que formaron el espíritu de la revolución.

RODOLFO

LA HOSTERIA DEL ANGEL GUARDIAN.

Traducida del francés.

XVII.

PRIMERA JORNADA DEL GENERAL.

Mientras que Torchonnet robaba é injuriaba á sus bienhechores, mientras que Jacobo le defendía y ganaba en el colejio premios y elojios, mientras que Elfy contaba las horas y los dias que la separaban de su amigo, mientras que la señora Blidot atendía á todo, velaba por todo y pensaba en el bien estar de todos, el general marchaba con paso resuelto hacia Domfront, escoltado por Moutier, que le miraba de reojo, y con alguna inquietud; durante la primera media legua el general habia marchado con paso rápido y listo; á medida que avanzaba su paso se debilitaba y era mas pesado, sudaba y se abanicaba con su pañuelo, sufría como los caballos fatigados. Moutier le propuso reposar un instante al pié de un árbol, el general reusó y empezó á agitarse; quitóse su sombrero y se enjugó la frente.

—Hace calor como un diablo, Moutier, dijo; desde Sebastopol que no me agrada ya el calor escesivo; lo hemos sentido tanto allá!... Descaria quitarme mi redingote, es tan caliente este paño!

—Dádmelo mi general, yo lo llevaré; os pesará demasiado.

—Dejadlo — En la guerra, como en la guerra.

El general dió algunos pasos.

—Uf! — Qué calor! exclamó.

—Dadme mi general; os fatiga demasiado.

—Y vos, pardiez? — si es pesado para mi lo será tambien para vos.

—Yo, mi general no he pasado por todos los grados para llegar al vuestro y puedo llevar vuestro traje sin fatiga alguna.

—Eso quiere decir que yo soy un viejo que para nada sirvo; mientras que á vos, jovenbello, vigoroso todo os es posible.

—No es eso lo que yo quiero decir, mi general; pero pienso en lo que he tenido que endurecerme de fatigas, de sufrimientos, de privaciones de toda clase para llegar al grado de sargento, y me inclino con respeto ante vuestro grado de general que habeis conquistado con la punta de vuestra espada.

El general pareció contento, sonrió, pasó él redingote á Moutier y le estrechó la mano.

—Gracias, mi amigo, sabeis lisonjear dulce y agradablemente, porque sois bueno. Elfy será dichosa! Ha tenido la suerte de haber dado con un marido como vos! .. Diab! Que largo es el camino!

El grueso general arrastraba la pierna; no podia ya mas — Miraba de reojo á la derecha y á la izquierda del camino para descubrir un sitio cómodo en que reposar; apercibió uno que llenaba todas las condiciones requeridas; una lijera capa de verdura se dilatava al pié de un árbol frondoso, á que llevaba un camino de piedras, de musgo y de yerba. Moutier veía bien la maniobra del general que volvía, se detenía, suspiraba, cogeaba, pero que no osaba confesar su extrema fatiga. En fin, viendo que Moutier no decía palabra y mostraba no apercibirse de nada, se detuvo:

—Mi buen Moutier, dijo, estais sudando, mi redingote s fatiga; sentémonos aquí; este pequeño sitio parece he-

cho espresamente para hacernos recuperar las fuerzas gastadas.

—Os aseguro mi general, que no estoy fatigado y que iria con el mismo paso hasta el anochecer.

—No, Moutier, no; veo que sentis calor, que estais fatigado.

—Para probaros que no lo estoy, voy á acelerar el paso.

Y Moutier, riendo bajo su gaban, tomó el trote gimnástico de los cazadores de Africa. El pobre general, que sentía agotadas sus fuerzas, se puso á gritar:

—Moutier! deteneos! ¿Como diantre, quereis que os siga? Pues que os digo que estoy rendido, que no puedo avanzar un pié — Quereis volver... Diab! de hombre! hace por no oirme.

Moutier se volvió al fin, y encaminándose hacia el general le halló sentado al pié del árbol, cuya sombra desdeñaba Moutier.

—Cómo, mi general, os habeis quedado? creia que me seguiais.

—Cómo quereis que siga á un hombre que marcha como un ciervo? Tengo acaso yo las andaderas de un ciervo? Soy de la talla de un ciervo? Pues qué! un hombre de mi edad, de mi corpulencia, herido, enfermo, puede correr durante leguas sin respirar ni reposarse?

—Pero es muy justo lo que os decia mi general; vos no habeis querido creerme.

—Vos me lo deciais como por mofa, irguiendoos en toda vuestra altura y pronto á hacer gambetas, para mostrar á Elfy vuestro cuerpo flexible y elevado, y establecer asi una ventajosa comparacion con mi grueso vientre, mi cuerpo maciso y mis pesadas piernas. Tengo tambien mi amor propio, como os lo he dicho otras veces, y no quiero delante de una jóven y de una señora, pasar por un enfermo, por un viejo decrepito.

—Os aseguro mi general....

—Os digo que es asi.

—Pero mi general....

—No hay pero que valga; creeis que no he comprendido vuestra malicia al echar á correr como un astuto para burlaros de mi? Os deciais: Ya te sentarás, mi buen hombre; ya tendrás que reposar mi viejo! Yo corro, tu te detienes; yo brinco, y tú caes. Vivan los jóvenes! Abajo los viejos! Ved ahí lo que pensabais, señor, y vuestra boca sonriente dice mas que vuestra lengua.

—Lamento mi general que mi boca....

—Lamentos? Vaya! Estais encantado; reis bajo el gaban; queriais verme sacar la lengua, arastrar la pierna, y que me quedase en el camino, para decir: Ved ahí castigado el orgullo de este viejo prendido, acribillado de balas, y de bayonetazos; por que he tenido en efecto heridas: nadie las ha tenido como yo. Si, señor; ¿quien os diria; cuando me habeis aprisionado en Malakoff, en el momento en que iba á saltar una segunda vez, que yo tenia mas de cincuenta heridas sobre el cuerpo! Y sin vos, no me hubiera salvado; sois vos quien me habeis salvado la vida, lo repito y lo repetiré hasta el fin de mis dias — Teneis á bien lanzarme miradas coléricas, lo que es muy inconveniente de parte de un sargento á un general, pero no me hareis callar, gritaré sobre las alturas — «Moutier, el bravo sargento de zoavos, me ha salvado á riesgo de perecer conmigo y por mi; y no lo olvidaré jamas, le amo y haré todo lo que el quiera, como él hará de mi lo que quiera».

El general, conmovido de su cólera pasada y de su enternecimiento presente, tendió la mano á Moutier y quiso levantarse, pero volvió á caer. Moutier se sentó cerca de él.

— Descansemos, mi general; yo acabo de llegar; tambien tengo una herida que me molesta para andar y estaré muy satisfecho con . . .

— Verdad? dijo el general con una satisfaccion evidente, teneis realmente necesidad de reposo?

— Ciertamente mi general. Lo que habeis tomado por malicia era bravata, broma de zoavo. Ah! que bueno es reposar al fresco! continuó tendiéndose sobre la yerba como si se sintiese realmente fatigado.

El general, encantado, se dejó caer; se apoyó de lleno contra el arbol; cerró los ojos y no tardó en dormirse. Cuando Moutier le oyó roncar ligeramente se levantó con prontitud y partió al trote, dejando cerca del general un papel sobre el cual habia escrito. « Esperadme mi general estaré bien pronto de vuelta ».

El general dormia, Moutier corria; parecia que su herida no le molestaba en nada, por que corrió sin detenerse hasta Domfront; preguntó al primer individuo que encontró donde podria hallarse un carruaje de alquiler: se le indicó un mesonero que los alquilaba; fué allí, hizo trato por un calesin, un caballo y un conductor, mandó unir al instante, subió en seguida é hizo tomar á gran trote el camino de Lamouny; no tardó en llegar al arbol donde habia dejado al general; no habia nadie! El general habia desaparecido dejando su redingote, que Moutier habia depositado en tierra cerca de él.

El pobre Moutier tuvo un momento de terror. El cochero, viendo la alteracion de aquel bello rostro antes tan franco, tan injenuo, tan alegre, y ahora tan sombrío, tan inquieto, casi aterrado, le preguntó lo que causaba su inquietud.

— Habia dejado á mi buen general, fatigado y dormido y no hallo mas que su redingote. Que le habrá sucedido?

— Quizá se haya vuelto, no viendoos, observó el cochero.

— Calla! Bien puede ser! Gracias mi amigo; sigamos entonces hasta Lamouny.

El cochero castigó su caballo que partió al trote largo: no tardaron en llegar al Angel Guardian. Moutier saltó de la cabeza entro precipitadamente y se hallo en frente del general en mangas de camisa; su grueso vientre se desplegaba en toda su amplitud, tenia la faz roja como si fuera á reventar la boca abierta y los ojos estraviados por la sorpresa.

El general fue el primero en reconocerle.

— Que quiere decir esta farsa, señor? Soy yo un Polichinelle, un Joerisse, un gorrion, para que os permitais una broma semejaute? Plantarme al pié de un arbol! Dejarme como el Petit-Poucet! Aprovecharos de un sueño que habeis perfidamente provocado, fingiendo vos mismo dormir! Que es esto, señor? Decid! Hablad!

— Mi general . . .

— Nada de palabras melozas, señor? esplicaos . . . decid . . .

— ¿Cómo quereis que me explique, mi general, cuando no me dejais decir una palabra?

— Hablad, señor impaciente, colerico, y ligero de cascos, hablad! os escuchamos.

— Me explicaré en dos palabras, mi general; viendoos fatigado, y sin fuerzas, me he aprovechado de vuestro sueño . . .

— Para salvaros, — Pardiez! ya lo sé bien.

— No, mi general; para correr al paso de carga hasta Domfront, buscaros un carruaje que he hallado, que he traído al trote largo del caballo, y que está aqui en la puerta, pronto á llevarnos, pues que es preciso que partamos. Y ahora, mi general, que me he explicado, debo decir dos palabras á Elfy que rie en su rincon.

Y acercándose á Elfy, le habló en voz baja y le contó algo de chistoso, sin duda, pues Elfy reia y Moutier la acompañaba con su sonrisa.

Necesario es decir que la entrada del general en mangas de camisa, bajando trabajosamente de encima de un asno á la puerta del Angel Guardian, habia exitado la alegria de Elfy y de su hermana, y que aquella estaba todavia bajo esta impresion. El general no se movia; quedó en medio de la sala, con los brazos cruzados, las piernas separadas, sus venas se desinflaban el rojo violado de su cara dejaba el campo al rojo natural, sus cejas se dilataban, su frente se desarrugaba.

— Mi bravo Moutier, mi amigo, perdonadme; no tengo sentido comun! Partamos pronto en vuestra caleza; buena, exelente idea á fé mia!

El general dijo adios á las dos hermanas, estrechó las manos de Moutier que le perdonó de buen corazon y ayudó al general á ponerse el abandonado redingote y subir á la caleza donde tomó asiento cerca de él.

Cuando estuvieron á alguna distancia de la aldea, Moutier preguntó al general por que no lo habia esperado y como habia podido volver hasta Lamouny.

Querido, cuando me he despertado, estaba solo; desolado al pronto, colérico despues, no sabia que hacer, ni donde ir, cuando he apercibido vuestro papel.

« Esperarle! » me dije — Yo general esperar á un sargento! No mil veces no. Ah! me deja aquí de ese modo! Estaba encolerizado, sabeis — Me hace perder tiempo en esperarlo! Yo tambien le daré un chasco; tambien voy á pasearme por mi lado, mientras el se pasea por el suyo. Siempre montado en cólera no olvideis — Entonces me levanté; me senti descansado, dí vuelta cara y tomé el camino de vuestro buen Angel Guardian. Encontré un buen hombre con un asno, le pedi montar en cima (por que estaba sofocado; habia andado mui de prisa por alejarme); el buen hombre vaciló; le di una pieza de cinco francos; se quitó su gorro, saludó hasta el suelo, me ayudó á subir sobre el asno, subió á la grupa de tras de mi, y hétenos aquí que partimos al trote. Este bribon de asno tenia un trote endiablado! Me hacia saltar como un saco de nueces. Ofreciame creo un aspecto bufonesco, todos los que nos encontraban reian y se volvian para mirarnos aun — Cuando llegué al Angel Guardian, Elfy que me vió dió un grito y se puso palida como la luna, la tranquilizé al instante con respecto á vos, pues, por vos, ingrato, es por quien ella ha palidecido. Creeis que por mi haya temido viendome volver en mangas de camisa, en un asno, con un hombre á la grupa? Se ha escapado al saber la verdad para reir á sus anchas. Habia de que, en realidad! Me envié á la señora Blidot. Esta es una buena mujer! No una loquilla como vuestra Elfy . . . Vamos, ya os veo como un carmin, vuestros ojos me lanzan rayos! Bien se puede decir de una joven linda que es una loquilla! . . . En hora buena, os reis ahora. — No hacia media hora que estaba cuando habeis llegado como un huracan. Yo no esperaba esto, lo confieso; y he sido sorprendido.

Moutier contó á su vez su consternacion cuando no encontró al general — La jornada no fue larga. Llegaron á

Domfront, muy tarde para tomar la diligencia; el general alquiló un carruaje, al que felizmente estaba unido un excelente caballo, y llegaron a tiempo para la salida del tren de las cuatro.

(Continúa).

Dicha y pesar.

(A MI AMIGO D. MANUEL SERBY.)

Chacun de vous, peut être en son coeur solitaire
Sous des ris passagers étouffe un long regret;
Hélas! nous souffrons tous ensemble sur la terre.
Et nous souffrons tous en secret!

VICTOR HUGO.

I.

De las copas do el vino rebosa,
De los labios do mana el placer,
Tomemos la rosa
Bebamos la miel!

Cantad! que entre placeres
Las horas se deslizen,
Cual zéfiros que besan
Las flores de un jardín!
Cantad! y los pesares
Del mundo y de la vida,
Dejemos olvidados
Al ruido del festin!

El choque de las copas
Al ofrecer su nectar
Ahuyente los recuerdos
De pena y de dolor;
Y solo la ventura
Se muestre en los semblantes,
Y el corazon gozoso
No sienta sino amor!

El tiempo que destruye
Las glorias de este mundo
Ay! puede nuestros goces
Celozo arrebatat.
La historia de la vida
No es. . . sino una lágrima,
Que nadie compasivo
Se inclinará á enjugar!

Gozemos un momento
De dichas placenteras,
Gozemos que bien pronto
Tendremos que sufrir!
Lancemos al olvido
El negro pensamiento
De que tal vez mañana
No habremos de existir!

Recuerdo tirano que al misero humano
Corroe voraz:
Espejo de un mundo, que en sueño profundo,
Bien tarde ó temprano
Nos muestra espantosa su lívida faz!

II.

De las copas do el vino rebosa,
De los labios do mana el placer,
Tomemos la rosa
Bebamos la miel!

Lejos! memorias tristes!
Que el eco de la orquesta
Rodando en su armonia
Nos lleve al frenesi!
Y en medio de la danza,
Con dicha y entusiasmo,
Oigamos de la amada
El dulce, tierno « si! »
¿ Quien no goza un instante
Por mas que sufra y lllore,
De célica ventura,
Esa palabra al oír?
¿ Quien no siente en su alma
Esa existencia nueva,
Esa emocion sublime
Que exalta su vivir?

Dancemos, dancemos, y al mundo olvidemos
Llevando en los brazos al ángel que amamos,
Leyendo en su rostro palabras de amor!
Y en medio del baile que al alma arrebatat
Del lábio de rosa del ser que adoramos
Bebamos efluvios de eléctrico ardor!

¿ Mas qué cruel es pensar que mañana
Ya en la tumba talvez estará!
Que robada en su aurora temprana,
Una amorosa mirada
Y una lágrima ocultada
Por solo recuerdo tras sí dejará!
Y fria ceniza
Que al aire la brisa
Jugando entre el cespel tal vez lauzará!

III.

De las copas do el vino rebosa
De los labios do mana el placer
Tomemos la rosa,
Bebamos la miel!

Traed flores hermosas
De espléndidos colores
Cual los matices bellos
De una hada angelical!
Traed lirios mas puros
Que la inocencia misma
Y rosas encarnadas
De aroma celestial.

Tejed una guirnalda
Y entre sus bellos lazos
Poned la flor del aire
Imájen de mi amor:
En mi abrazada frente
Poned esa guirnalda
Que acaso su frescura
Mitigará su ardor!

Traed vino y bebamos
Del nectar de la vida
Y en zambra bulliciosa
Ahoguemos el pesar.
Ebrios de dicha y gloria
Las copas apuremos,
Y una hora viviremos
Al menos sin llorar!

Dejemos á los hombres
 Con arrugadas frentes,
 El proclamar dementes
 La ciencia y la razon.
 En la mundana farsa
 Todo es sandez ó dolo:
 Lo verdadero es solo
 La ley del panteon.

Durmamos un instante
 Los sueños encantados
 Que forman los poetas
 Al padecer talvez.
 La vida iluminemos
 Con refulgente antorcha,
 Que pronto viviremos
 En triste lobreguez!

Tomad esa guirnalda
 Ya marchitada y seca
 Cuyas fragantes rosas
 No mas revivirán.
 Ponedla entre las flores
 Marchitas, deshojadas,
 De una alma desgarrada
 Que troncha el huracan!

Todo pasa en el mundo cual las flores
 Con que adorné mi sien:
 Los placeres, la gloria, los amores
 Todos pasan tambien!
 Y la esperanza pasa con la vida,
 Envuelta en los fantásticos colores
 Con que la pinta el alma adormecida
 De la muerte en los brazos al vaiven!

JUSTO MAESO.

Buenos Aires, Diciembre 15 de 1845.

Lo imposible.

La mente del poeta es vasto cielo
 Donde despliega la ilusion sus galas,
 Como flotante y vaporoso velo
 Que el ángel estremece con sus alas.

Un mundo ideal de misticas visiones
 Donde toma su forma el pensamiento,
 Donde si acaso llegan las pasiones
 Emanaciones son del sentimiento.

Atmósfera vital de la esperanza
 Donde la duda muere y la fé crece,
 Do el esplendor de la verdad se alcanza,
 Donde todo lo bello resplandece.

Etéreo fluido, en que el calor del alma
 Convierte, cada lágrima del triste;
 Hábito del consuelo y de la calma
 Que en la rejion mundana ya no existe.

¿Qué es el cielo, qué el mundo y ese fluido
 Que destellan encanto indefinible?
 — Para el Paraiso: — Un astro desprendido.
 — Y ¿para el mundo que es? Es lo imposible!
 X.

Montevideo Setiembre 27 de 1864.

El Dr. Martin de Moussy

Este apreciable Doctor que ejerció la medicina durante muchos años en Montevideo, es el autor de una obra muy importante titulada *Descripcion geografica y estadistica de la Confederacion Argentina*, escrita en idioma francés y publicada en Paris por orden del gobierno. Constará de tres tomos con su atlas geográfico; los dos primeros han salido á luz, y el último con el atlas debe publicarse en todo este año.

Esta obra tiene bastante interes para ambas márgenes del Plata, pues el Dr. Martin de Moussy se refiere muchas veces á la República Oriental, sobre la cual contiene por menores de alta importancia.

En Europa, el Dr. Martin de Moussy goza de la celebridad á que se hizo acreedor por el gran trabajo que acabamos de indicar y lo prueba un artículo que hallamos en los diarios de Paris, con referencia á las reuniones del *Comité de arqueologia americana*, alli establecido hace pocos años, y que dice lo siguiente:

Este comité ha celebrado recientemente en Paris su sesion pública anual bajo la presidencia de M. André de Bellemont. Despues de un discurso de apertura del presidente y un informe de los trabajos de la sociedad por el secretario M. de Labarthe, se escuchó con vivisimo interés una improvisacion de M. Charnay sobre las ruinas del Yucatan, y otro discurso del Dr. Moussy sobre las diversas tribus del Sur de América. M. Castaing terminó la sesion con la biografia del famoso viajero Humboldt.

En seguida se procedió al nombramiento de los tres miembros del consejo, y fueron nombrados los Sres. vizconde de Saint Priest, Dr. de Moussy y Cortambert.

Buena idea.

Merecen aplauso algunos colegios que tuvieron la buena idea de ofrecer á sus dicipulos, en clase de premio, el magnifico tomo de las *Poesias de Adolfo Berro* y la obra eminentemente moral y filosófica del Dr. Perez Gomar titulada *Idea de la perfeccion humana*, pues habiendo libros de autores nacionales de tanto mérito, los establecimientos del pais deben darles la preferencia en ocasiones semejantes; es el mejor modo de pagar á la literatura nacional el tributo de respeto y afecto que se le debe, dando á conocer sus mejores producciones á los hijos del pais desde la infancia, porque los recuerdos de la tierna edad son los mas duraderos.

Materiales.

La afluencia de materiales nos hace postergar los siguientes trabajos, que teudrán preferente lugar en el número próximo—*El arrepentimiento*—*Traduccion de un canto de las Eneida*—*Meditacion*—*Pedimos disculpa á sus autores.*

Sumario.

El olmo del verjel, por Rafael—La esperanza de un poeta, por G. P. G.—El bandido, continuacion, por X.—William Shakespeare, por Victor Hugo, traduccion del francés—Tipo popular—el goucho, por Rodolfo—Rasgos biográficos, por F. J. A. B.—La hosteria del Anjel Guardian, traduccion del francés—Dicha y pesar, poesia de D. Justo Maeso—Lo imposible, poesia de X.—El Dr. D. Martin de Moussy—Varias Materias.